



TEXTO NARRATIVO BREVE

Capullos blancos que brillan

Mia Miceli

Imágenes: NASAJPL-CalTech,
Javiera Jiliberto y Armando Carcamo



FAUNA
2019

Obra ganadora del área
Texto narrativo breve en el FAUNA 2019

No hay pasto, hay yuyos. Para sentarse hay que encontrar un espacio con suficientes yuyos como para no ensuciarse con tierra. También se puede llevar un mantel o pareo. Hay gente que lleva reposeras.

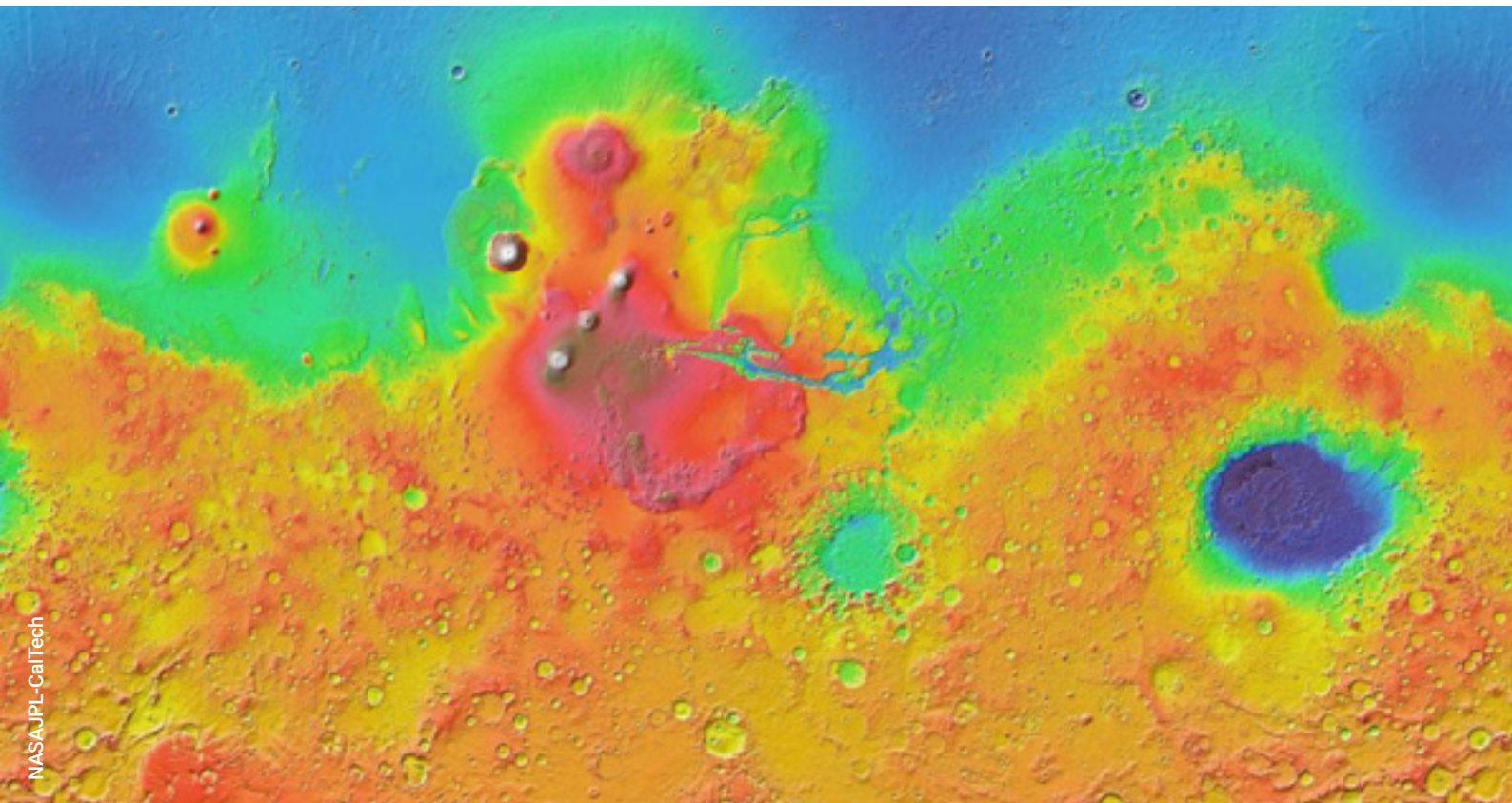
Si se camina hacia el río, en un momento bloques de cemento incrustados con barras de hierro reemplazan a los yuyos. Dicen que los escombros se usan para ganarle tierra al río, que todo esto antes era agua. Varios prefieren pensar que son ruinas.

El que se mete al río en verano se para sobre un suelo blando, un barro viscoso. Flotan botellas y neumáticos que, por su forma de mecerse, parecen aguas vivas gigantes. Pero los que se meten en el río son los menos. Cerca de la orilla, pero justo antes de los escombros, los yuyos ceden espacio a una placa de bronce. Está en un lugar privilegiado, en la única montañita elevada sobre el resto de la planicie. Tiene inscripto el nombre de una chica que murió devorada por una jauría. El día de su muerte no había nadie en el río y la jauría eran tres perros. Cuando la chica escuchó los ladridos detrás de ella, ya era tarde. Miraba al río, tratando de detectar la costa del otro lado, y después de darse vuelta tardó un momento en reaccionar, como en esos videos de tsunamis donde se ve a la gente parada en la playa mirando a la ola que los va a aplastar. A lo último corrió, pero la persecución duró pocos segundos. La chica dejó de moverse rápido una vez que la jauría la derribó y empezó a morderla, aunque no es certero el tiempo real que ella permaneció viva y consciente antes de morir. Cuando los perros se saciaron, se metieron al río y se fueron alejando hasta convertirse en tres puntos cerca del horizonte y, después, nadie más los encontró. Sí encontraron, en cambio, al cuerpo de la chica o, como dijo el inglés que lo vio primero, "the human carcass".

Ese día, más tarde, el sol salió y la costa se llenó de gente que corría. Todos iban concentrados en su trote hasta que pasaban junto a una carpa forense custodiada por varios policías y ralentizaban su paso con expresión desconcertada. Por alguna razón, solo veían la carpa cuando esta les interrumpía el paso o cuando les tapaba el sol, cuando les aparecía enorme al lado suyo. Mientras corrían pensaban en otras cosas, imaginaban situaciones irreales o buscaban soluciones a sus problemas y solo veían lo que siempre estaba, lo que se habían acostumbrado a ver. Sus mentes ignoraban cualquier estímulo extraño como el cerebro ignora la nariz que siempre está en el campo visual. Cuando veían la carpa y se daban cuenta de que algo había pasado, algunos paraban del todo y otros llegaban a ir muy lento, pero su desplazamiento no se cortaba, la inercia los empujaba hasta que ellos decidían seguir. Los perros que acompañaban a algunos de los corredores se clavaban en el lugar cuando pasaban por la carpa. Sus expresiones también eran de desconcierto.

Hoy hay mucho verde. Hay planicie de yuyos y árboles bajos, inclinados para el que no le guste el sol. Hay dos viejos que llevan paletas y van todos los fines de semana. Tienen viseras, paletean rápido y están muy quemados. Antes, todos los miraban de lejos, los conocían como parte del paisaje, como dos yuyos más que, sin mover los pies, agitaban sus brazos por el efecto del viento. Antes, la gente se tomaba un tiempo para observarlos y después seguían con lo que estaban haciendo, pero un día otras dos personas llevaron paletas y viseras. Se pararon al lado, en paralelo, y empezaron a paletear.

Al poco tiempo se sumaron otras parejas. Después eran muchas. Se ubicaban sobre la extensión de yuyos, aunque no llegaban a ocuparla del todo. Concentrados, tanto en el sentido de la atención como en el del espacio, equidistantes, ya no en paralelo sino acomodados en líneas aleatorias. No se escuchaban sonidos humanos.



Al principio, los viejos no decían nada. Dejaban que las personas, las paletas y las pelotas se acumularan a su alrededor. De a poco, empezaron a dar consejos rápidos.

“Si no controlás la pelota, la pelota te controla a vos”.

“Se trata de mantener una intimidad”.

Las mañanas de los sábados y domingos se llenaron de un zumbido que vibra bajo. La sensación es la de una satisfacción extendida, como si muchos de los que participan de la paletada general siempre hubieran fantaseado con estar ahí, como los dos viejos. Prima la idea del control, pero también la idea del automático. Nadie cuenta puntos, el objetivo es mantener el juego el mayor tiempo posible y, en gran parte, se logra. Si a alguna pareja se le va la pelota, es frecuente que también se rompa el juego de otras parejas. Cuando terminan las sesiones de paletas-pelotas, se



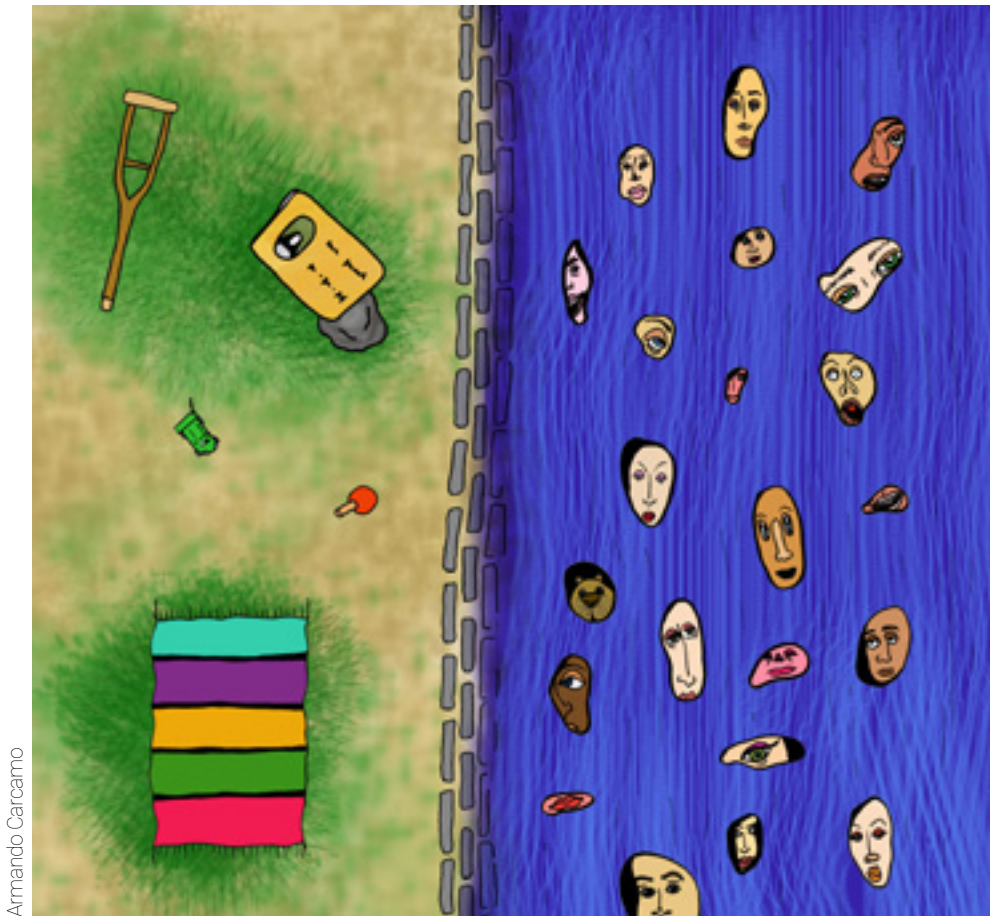
escucha un pequeño bullicio.

“A veces creo que me veo desde afuera, como en un plano aéreo del río”.
“Es como estar muy quieto, solo que no lo estas”.

Alguna vez se vio a un hombre que usaba su muleta para golpear las ramas de un árbol donde se había trabado la pelota que le había tirado a su perro. A lo lejos, cuatro hombres amigos que se parecían mucho entre sí sin saberlo miraban al hombre de la muleta. Ellos estaban cerca de la orilla, él estaba lejos. Entre medio había un charco extenso de agua porque había llovido el día anterior. Ese lugar del terreno no drena bien. Quizá abajo esté

entubado algún pequeño arroyo que sale al río, una de esas entubaciones que hace que, cuando hay sudestadas, el agua entre en vez de salir y las calles se inunden.

Hay gente que viene de lejos, a pasar el día. Se instalan a cierta distancia del río; les gusta tener bastante yuyo en su paisaje y que después vengan el agua y el cielo. Suelen venir de a muchos. Los niños juegan entre ellos, con los propios. No se arman bandas de amiguitos casuales, del día. Si vienen de a varios, si son primos o hermanos y están acompañados por algún adolescente, se acercan a la orilla, juegan entre los escombros. Se paran altos sobre un bloque grande de cemento y miran al horizonte, observan como la superficie del río se arruga y piensan que se parece a la nata de la leche caliente. Si alguien los mira puede pensar en pequeños Julios Cesares y Alejandro Magno, conquistadores en medio de las ruinas de ciudades destruidas.



Armando Carcamo

Hay una chica que antes daba clases de meditación a las que asistían no más de cuatro personas. Hoy, por el ruido y la gente, no se puede meditar en el río. Además, una vez, un hombre que estaba meditando dijo escuchar en su trance los gritos de la chica que había sido devorada por la jauría y mucha gente le creyó, aunque otros, no.

“¿Cómo está tan seguro de que eran los gritos de esa chica y no de otra

mujer que sufrió una muerte violenta?”

La profesora de meditación sigue yendo al río. Ahora lleva a sus hijos que van a toda velocidad en sus bicicletas mientras ella toma sol. Los niños, en edad de primaria, se gritan cada tanto “¡Subamos un cambio!” y “¡Bajemos un cambio!” mientras van de un lado para el otro. Sus bicicletas no tienen campanillas, así que hacen el ruido con sus voces.

Cuando se va el sol empieza a soplar el viento y la gente también se va. A veces un grupo de personas aprovecha el anochecer para llevar autitos a control remoto y hacer carreras donde hay menos yuyos. Es difícil distinguir quienes son los que controlan esos autitos y quienes solo miran. Se quedan iluminados por una luz, pero la luz en un momento se apaga y entonces el río queda solo.

El límite entre la tierra y el agua no se ve, solo se oye. Entonces surgen figuras. Se mueven despacio, eligen un lugar y tiran sábanas al aire. Dejan que se peguen a sus contornos y que se sostengan por la fuerza del viento, que es constante y nunca para en la noche. De a poco empiezan a ceder su peso. Dejan de pararse sobre sus pies y se apoyan en las sábanas, que los sostienen. Quedan como diagonales, ángulos agudos con respecto al suelo. Se duermen arropados por las sábanas y por el aire en movimiento. Cuando hay luna se ven bien. Son capullos blancos que brillan.